

pocos negaron su firma, pues aquellas listas de adhesion podian convertirse en listas de proscripcion, y el miedo produjo en muchos el efecto del entusiasmo. Fué tal la prisa que todos se dieron, que al anochecer estaban ya llenos los registros, si bien es verdad que las mujeres firmaron tambien, y que buen número de personas se habian inscrito varias veces con nombres diversos ó supuestos.

¿Cómo resistir á los espontáneos deseos de la nacion? D. Miguel no quiso hacerse reo de tan culpable desobediencia, y cuando el senado le rogó que no defraudase las esperanzas de los portugueses, no vaciló en aceptar la corona. En cuanto á las provincias, siguieron dócilmente el ejemplo de la capital; pero no aguardó á que se pronunciasen: no dudaba de sus deseos, y se anticipó á ellos.

Infeliz entonces de aquel que se mostrase, no digo mal dispuesto, sino tibio por el nuevo gobierno! los malos tratamientos, la cárcel y el destierro, eran el castigo infalible de su tibieza. Pero no bastaba castigar á los individuos, y como las ideas liberales que acababan de sucumbir contaban con las simpatías de una parte del pueblo, la guardia nacional fué disuelta para poner en su lugar á los voluntarios realistas y á los guardias urbanos.

Las cortes reconocen á D. Miguel, pero no la Europa.

Al saber de qué manera cumplía el infante D. Miguel sus deberes de regente, el emperador D. Pedro se arrepintió de su generosa confianza, y á fin de prevenir sus efectos, si era posible, se apresuró á renovar su abdicacion en favor de Doña María (3 de marzo de 1828). Algunos dias despues, la jóven princesa se hizo á la vela para Europa, con órden de pasar á Viena, al lado de su abuelo el emperador, para esperar la época de su casamiento.

D. Miguel era harto ambicioso para cejar ante una guerra civil, y á estallar esta, veíase con tantos apoyos así en el interior como en el exterior, que no temia sus resultados. Es tal, empero, la fuerza del derecho, aun en las ocasiones en que la legalidad no es mas que una apariencia, que quiso ponerlo de su parte, y con esta idea reunió las cortes, si bien al evocar ante la nacion portuguesa aquella sombra de libertad, supo precaver los peligros que

podian presentarse. Sometidas á la influencia del miedo, las elecciones no enviaron al congreso sino á hombres notoriamente favorables á las ideas que representaba el regente; de modo, que las cortes de 1828 confirmaron su usurpacion, y declararon que el advenimiento de D. Miguel databa realmente de la muerte de Juan VI, acusando de usurpador al mismo D. Pedro. ¿En qué ley, antigua ó moderna, se fundaba tan singular juicio? ¿No era don Pedro el hijo primogénito de Juan VI? El estar ausente ó ceñir otra corona, ¿era motivo para que se le destronase en Portugal? Y á ser así, ¿qué significaban los homenajes que la regente Isabel recibió en su nombre y que el mismo D. Miguel le habia ofrecido? A este reconocimiento no le habia faltado mas que la consagracion de las cortes, que no se convocaron; y esto solo no podia hacer injusta una autoridad legítima. En fin, á falta de D. Pedro, ¿no quedaba doña María, su hija, contra quien no se levantaba ningun argumento? Digamos, pues, sin vacilar, que el advenimiento de D. Miguel no fué obra de la legalidad, sino de un partido. Y por si alguien trata de impugnarnos, añadamos que esta verdad pareció entonces bastante evidente para que ninguno de los embajadores, ni siquiera los de las cortes que mas habian halagado la ambicion de D. Miguel, consintiese en continuar en sus funciones. Si todos querian aprovecharse del crimen, nadie queria aprobarlo.

Lo mismo sucedió con los agentes diplomáticos de Portugal en las otras potencias, los cuales no quisieron representar la usurpacion, ejemplo que les dió el duque de Palmella, embajador en Londres, quien no bien supo el destronamiento de su soberano, se negó á conservar su título ni un solo momento, siendo tal la estimacion que el duque se habia adquirido, no solamente entre sus conciudadanos, sino en toda Europa, que su sola dimision se juzgó generalmente como una sentencia decisiva.

CAPÍTULO XXVII.

Tiranía y caida de D. Miguel (1828—1834); muerte de D. Pedro.

DON MIGUEL OPRIME EL PORTUGAL.—DOÑA MARÍA EN INGLATERRA; LA ISLA TERCERA PERSISTE EN RECONOCERLA.—CONDUCTA DE LA INGLATERRA; DOÑA MARÍA VUELVE

AL BRASIL (1829).—TRIUNFOS DE LOS PATRIOTAS DE LA TERCERA; REVOLUCION DE JULIO; LA TIRANÍA AUMENTA.—OJEADA AL BRASIL DESDE EL ADVENIMIENTO DE D. PEDRO; CAIDA DE ESTE PRÍNCIPE.—PASA Á INGLATERRA, Y LUEGO Á FRANCIA; SOCOROS; PARTIDA (10 DE FEBRERO DE 1832).—D. PEDRO REGENTE; DESDE LAS AZORES SE TRASLADA Á PORTUGAL.—FRÚSTRANSE LAS ESPERANZAS DE D. PEDRO.—D. PEDRO SE ENCIERRA EN OPORTO.—TRIUNFOS DE LOS LIBERALES; TOMA DE LISBOA.—D. PEDRO EN LISBOA; CORONACION DE DOÑA MARÍA II; REGENCIA DE D. PEDRO.—FIN DE LA GUERRA CIVIL; CONVENIO DE EVORA (26 DE MAYO DE 1834).—MUERTE DE D. PEDRO.

D. Miguel oprime á Portugal.

¿Qué le importaban á D. Miguel las protestas impotentes, cuando las armas nada podían? En vano se establece en Oporto una junta revolucionaria; en vano se rebelan ocho regimientos en defensa de Doña María y de la libertad; en vano Palmella, Saldanha, Stubbs y Villafior, los jefes mas ilustres del partido legitimista, abrazan la misma causa; las rivalidades, la lentitud, la incapacidad y quizás la traicion de los generales constitucionales permiten á D. Miguel reunir sus tropas, cubrir la plaza de Lisboa y reparar sus derrotas, tomando en breve las operaciones de sus enemigos tan mal sesgo, que solo piensan estos en refugiarse en España, á pesar de las malas disposiciones de Fernando VII. Así lo hicieron los mas comprometidos, pero, en vez de permanecer inactivos, se embarcaron para Inglaterra, á fin de organizar con mas madurez un nuevo plan de salvacion.

Entretanto, D. Miguel se aprovechaba de los mismos movimientos á que diera pié su usurpacion así en Portugal como en las colonias, para acabar con el espíritu de libertad que abrigaban todavía muchos corazones portugueses. De aquí los suplicios que ensangrentaron las principales ciudades del reino; de aquí los tribunales excepcionales, á quienes confió sus venganzas; de aquí las horribles tragedias de que fué heroica víctima el general Moreira, uno de los mas valientes campeones de la independencianacional cuando los franceses parecian invencibles, y con él, el teniente Perestrello y algunos cómplices presos al acaso, con el único pensamiento de herir fuertemente la imaginacion de los pueblos. ¡Cuántas veces se renovaron semejantes escenas! Don Miguel y Barros, su primer ministro, habian erigido el terror en

sistema, y lo practicaron tan fielmente, que, á pesar del número siempre creciente de ejecuciones capitales, las cárceles no podían contener el sin número de presos. Los que no cabian eran amontonados en pontones, sin tomarse el menor cuidado por su salud y alimento. Los presos políticos eran mas maltratados que los criminales: estos no ofendian mas que la moral; aquellos se declaraban contra D. Miguel.

D.^a Maria en Inglaterra; la isla Tercera persiste en reconocerla.

Mientras Portugal inclinaba la frente bajo este yugo de hierro, Doña María cruzaba el Océano, no solamente para tomar posesion de la corona que su padre le habia trasmitido y para conservar á los portugueses los beneficios de la libertad, si que tambien para realizar la alianza convenida entre ella y su tío. Sin embargo, supo luego que correría peligro en continuar su rumbo, que D. Miguel habia usurpado el poder, que las córtes habian consagrado su usurpacion, y que de todos los Estados en que pretendia reinar, solo uno se le mantenía fiel: la isla Tercera, la principal de las Azores, célebre ya por la brillante resistencia que tiempo atrás habia opuesto á Felipe II, y cuya independencian habia jurado sostener el regimiento núm. 5, á pesar de todas las fuerzas de que podia disponer el usurpador.

¿Qué hacer, pues? El primer pensamiento de Doña María fué, segun se dice, buscar un asilo entre los súbditos que le permanecieran fieles, asociarse á sus peligros y excitar su valor; pero sus consejeros creyeron, por el contrario, que era mejor trasladarse á la corte de Jorge IV para defender su causa, pues si la Inglaterra se declaraba por ella, ¿cómo podría D. Miguel sostenerse ni un momento mas en el trono? Olvidaban que tal paso, á mas de ofrecer resultados muy inciertos, tenia el gran inconveniente de herir profundamente el orgullo nacional. Coronada Doña María, no ya por su nacimiento y sus amigos, sino por la Inglaterra, ¿cuántos portugueses estarían tal vez tentados de no respetar su incuestionable legitimidad?

Conducta de la Inglaterra; D.^a Maria vuelve al Brasil (1829).

Pronto se frustró la esperanza de los consejeros de Doña María. Mientras el rey Jorge no cesaba de prodigar á la jóven reina ob-

sequios, honores y protestas, sus ministros, muy distantes de favorecerla, hacían causa común con el usurpador, y so pretesto de observar la más estricta neutralidad, mandaban hacer fuego contra cuatro buques que llevaban á la Tercera un socorro de seiscientos proscritos á las órdenes de Saldanha (16 de enero de 1829). La Inglaterra no tenía, en efecto, ningún motivo de queja contra D. Miguel, su hechura y su favorito; así es que la importaban poco las urgentes reclamaciones de los partidarios de Doña María, que por el contrario constituían un nuevo título al pródigo agradecimiento del usurpador.

Doña María, cansada, en fin, del papel que la hacían representar, y afligida de haber empleado tan mal un tiempo tan precioso, resolvió salir de Inglaterra y no contar sino con la insurrección. Nombró, pues, un consejo de regencia cuyos miembros más importantes eran los mismos jefes del partido liberal, Palmella y Villaflor; y como no podía encargarse ella misma de la dirección de la lucha, regresó al Brasil para esperar la hora del triunfo (27 de agosto de 1829).

Triunfos de los patriotas de la Tercera; revolución de julio; la tiranía aumenta.

Las personas á quienes Doña María encargaba la defensa de sus intereses no habían aguardado su elección para manifestarla que merecían su confianza; y en el momento de embarcarse, recibió la reina del conde de Villaflor las noticias más favorables. Villaflor había logrado forzar el bloqueo que sufría la Tercera, introducir en ella refuerzos, y obtener en seguida un señalado triunfo contra los miguelistas. No bien hubo partido Doña María cuando el duque de Palmella fué al encuentro de Villaflor, con dos bergantines y dinero; y unidos ambos en un solo pensamiento, la independencia de su país, mostraron cuanto pueden la abnegación y la actividad aun con los recursos más insignificantes. Era tal la admiración que su conducta inspiraba á todos los amantes de la libertad, que M. Husckisson obtuvo grande aplauso cuando exclamó en el parlamento inglés en presencia de los ministros: «En cuanto á mí, prefiriera mil veces mandar en la Tercera á ser primer ministro de los tres reinos, si para obtener este título

hubiese de desear que cayera en manos del usurpador el último baluarte de la libertad portuguesa.»

A pesar de los triunfos de Villaflor y Palmella, á pesar de las vivas simpatías de la Europa liberal, era harto fácil prever el próximo resultado de una lucha tan desigual, cuando la Francia, con la espulsión de los Borbones, varió por segunda vez la faz del universo. No bien la revolución de julio hubo derrocado á Carlos X, dejóse sentir el golpe en los Países Bajos, en Alemania, en Polonia, en Italia, en España, y hasta en Inglaterra, en donde la administración tory fué reemplazada por el gobierno liberal de los wighs. Portugal no podía permanecer estacionario.

D. Miguel nada omitió para que así sucediese: no contento con desterrar á tantos y á tan buenos ciudadanos, con despojarles ó encarcelarles, sin otro crimen que no ser tan adictos como convenía al gobierno de Portugal, no retrocedió ante ninguna crueldad para cerrar sus estados al contagio de las ideas liberales. Como no ignoraba que las clases elevadas eran más particularmente accesibles á ellas, pensó más que en seducirlas en vejarlas, contentándose con el apoyo del ejército, de la marina, y del ínfimo pueblo, satisfecho con sus larguezas y con sus corridas de toros.

Pero si Portugal no se atrevió á pronunciarse desde entonces contra el tirano, las semillas revolucionarias que contenía la isla Tercera, no cesaban de germinar. El conde de Villaflor se creyó en breve bastante poderoso para no limitarse á la defensiva, y aunque tenía menos de mil quinientos hombres con algunos malos buques de guerra, no tardó en enseñorearse de todas las Azores. El amor á la libertad alentaba á sus soldados, mientras que los de D. Miguel combatían sin ardor, y que Villaflor tenía por auxiliares las secretas simpatías de las poblaciones que iba á conquistar.

Es fama que mientras este sitiaba San Miguel, la más considerable de las Azores, un pescador divisó de repente, á alguna distancia de la costa, una fragata con bandera inglesa, y como le pareciese que pretendía abordar, la ofreció sus servicios á fin de guiarla entre los bancos que rodean la isla de San Miguel; mas la persona á quien se dirigió le preguntó en buen portugués por el estado de los sitiadores y por las disposiciones de los habitantes, y luego dió la orden de alejarse, entregando al pescador un bi-

llete y una carta, con cuatro monedas de oro. La carta era en apariencia para el cónsul inglés y en realidad para Villafior; el billete y el oro para el pescador, quien se asombró al leer estas palabras: «Quien te ha hablado y quien te ha dado este oro es el padre de tu reina. A las armas, valientes insulares! A las armas contra el usurpador!»

Ojeada al Brasil desde el advenimiento de D. Pedro; caída de este príncipe.

Desde el día en que al salir de Rio Janeiro para Lisboa confió Juan VI á D. Pedro el gobierno del Brasil, habia correspondido tan perfectamente este príncipe á las esperanzas que inspirara, que á pesar de las tendencias republicanas de la asamblea nacional, nunca abjuró las generosas ideas que defendiera al lado de su padre. Eran tales, por el contrario, la profundidad y sinceridad de sus convicciones, que aun despues de disolver aquella cámara y desterrar á alguno de los principales corifeos, no se aprovechó de su victoria para restablecer el despotismo. Al cabo de algunas semanas promulgó espontáneamente una constitucion bastante liberal para que los brasileños le suplicasen que la diera, sin discusion, por base al imperio constitucional de que era el primer gefe (1824).

Pero al raro mérito de no renegar en el trono los sentimientos del Príncipe Real, es fuerza confesar que D. Pedro no añadió el talento administrativo, teniendo la desgracia de no encontrar en su alrededor á ninguna persona capaz de suplir su propia inesperienza. De aquí el carácter de perenne incertidumbre que ofreció el gobierno de D. Pedro, y que con tanta frecuencia le hizo acusar de mala fé; de aquí su favor á personas que no lo merecian; de aquí alternativas deplorables de debilidad y de violencia, y por consiguiente, la reaparicion de la oposicion que habia ya vencido. Lo que puso el descontento en su colmo, fué la escandalosa fortuna del portugués Filiberto Caldeira, á quien D. Pedro nombró sucesivamente marqués de Barbacena, generalísimo y ministro de hacienda con la presidencia del consejo, siendo así que solo se valió del poder para saciar su codicia. Cuando D. Pedro descubrió en qué hombre habia puesto su confianza, era demasiado tarde para retirarle su favor; los brasile-

ños le aborrecian ya, y Barbacena era muy poderoso para caer impunemente.

A pesar, pues, de los esfuerzos continuos de D. Pedro para calmar los ánimos, las ideas de republicanismo federal contra las que hubo de luchar á su advenimiento, no habian aun desaparecido. Barbacena las patrocinó, y hallóse desde luego convertido en jefe de partido. Sus numerosas relaciones, sus riquezas é intrigas le permitian sostener este papel, y lo desempeñó con tanto acierto, que se olvidó cuanto hasta entonces habia hecho, para no ver en él sino al decidido campeón de las libertades brasileñas. Todo lo que D. Pedro emprendió para ablandarle ó resistirle fué inútil. Sus concesiones envalentonaban á los rebeldes, y su resistencia les envalentaba, hasta que al ver que el mismo ejército le abandonaba, tomó pronto su partido, y para no ser el último príncipe de la casa de Braganza que reinase en el Brasil, se apresuró á transferir la corona á su joven hijo D. Pedro II, no sufriendo este acto ninguna oposicion formal. D. Pedro, que conocia no poder vivir como particular en un país de que habia sido emperador, embarcóse en seguida para Europa, y en aquella travesía se acercó á la isla de San Miguel, escribiendo á Villafior para excitar mas su valor.

D. Pedro pasa á Inglaterra y luego á Francia; socorros; partida (10 de febrero de 1832).

D. Pedro continuó su rumbo hácia Inglaterra, y apenas llegado allí, cuando con los ojos fijos en Lisboa se consagró enteramente al restablecimiento de su hija. El duque de Palmella, que entonces se hallaba en Londres, le secundó poderosamente, y ayudados ambos, sino por la connivencia, por la neutralidad al menos del gabinete inglés, adoptaron tan buenas medidas, que un empréstito muy módico les bastó para comprar un navío, dos fragatas y tres bergantines, con todas las municiones necesarias, y aun para equipar un buen batallon de voluntarios al mando del coronel Hodges.

En tanto Doña María residia en el palacio de Meudon que le habia ofrecido Luis Felipe. D. Pedro fué á reunirse con ella, y recibió del gobierno francés las promesas mas favorables. Hijo de la revolucion de julio, aquel gobierno miraba como suya la

causa del liberalismo donde quiera que se agitase, sin contar que tenía recientes y personales motivos de queja contra D. Miguel, á causa de los indignos tratamientos que dos negociantes franceses acababan de sufrir del populacho de Lisboa, injuria de la que no creía haber obtenido una satisfaccion suficiente, puesto que para arrancarla habia sido preciso que el almirante Roussin se presentase delante del Tajo, entrase á la fuerza en el rio, bombardease los fuertes, y se llevase en prenda de sumision la mitad de la escuadra miguelista (11 de julio de 1831).

Humillando así al usurpador, Francia habia peleado tanto en provecho de Doña María como en el suyo propio, y uniéndose con D. Pedro, completará su venganza, conquistará una alianza y abatirá el despotismo.

Francia hizo mas: autorizó á D. Pedro para reclutar tantos voluntarios como pudiese pagar, y su número fué bastante crecido, al mismo tiempo que la mayor parte de los portugueses que residian en Francia, ofrecieron asociarse á la fortuna de su reina. Bastará mencionar entre ellos á los hermanos Mallo, de Dunkerque, que equiparon dos buques á sus espensas, y al valiente general Saldanha, amigo íntimo de Lafayette. Es cierto que D. Pedro no pudo aceptar los ofrecimientos del general porque sus opiniones harto liberales alarmaban á las cortes extranjeras, mas Saldanha no renunció por ello á sostener la causa de la libertad, y como no podia hacerlo siguiendo á D. Pedro, lo consiguió excitando el celo de todos sus amigos.

Los recursos de que disponia Doña María se hallaban reunidos en Belle-Isle, y constaban de doscientos á trescientos ingleses, de seiscientos franceses, y de un gran número de portugueses, con algunos buques que mandaba el capitan inglés Sartorius, contándose además con el odio que inspiraba D. Miguel. La partida tuvo lugar el 10 de febrero de 1832, dirigiéndose D. Pedro á las Azores para reunir las fuerzas de que Villafior se habia servido con gloria, y volver en seguida hácia Portugal. Despues de un corto descanso en San Miguel, á donde le llevaron los vientos, fué á desembarcar en la Tercera.

D. Pedro regente; desde las Azores se traslada á Portugal.

Dueño de las Azores, el primer cuidado de D. Pedro fué nom-

brarse regente, proclamar á su hija, y componer un ministerio completo, bajo la presidencia de Palmella. Sin embargo, el punto capital consistia en captarse el afecto de los pueblos que D. Miguel tiranizaba, y esto es lo que no supieron hacer el regente ni sus consejeros, á pesar de las excelentes intenciones que abrigan. Harto dominados por el deseo de imitar la conducta política que habian admirado en Inglaterra y en Francia, no tuvieron muy en cuenta las circunstancias y los hombres con quienes debian tratar, en lo que estriba la primera nocion del arte de gobernar. ¿Qué le importaba en efecto al pueblo portugués la abolicion inmediata de los conventos y monasterios, cuyas ventajas no serian para él, ni la supresion del diezmo, que le hacia llevadero su profunda piedad? De este modo se irritaba al clero, sin agradar al pueblo. Otra falta no menos grave fué no admitir las contribuciones sino en dinero, en vez de los censos en frutos; de aquí que los cultivadores no quisieron, ó no pudieron pagar, y el Estado, por no haber comprendido que el bien no puede improvisarse, careció á la vez de dinero y de productos. ¿Qué imprudencia, al principio de una guerra civil, cuyo éxito solo dependia de la buena voluntad de los ciudadanos! Si era menester ocuparse inmediatamente en reformas, ¿porqué no comenzar por la supresion de los abusos feudales, que la mayor parte de los nobles estaban dispuestos á sacrificar, y que á los ojos de las masas no tenian la peligrosa consagracion de la religion?

D. Pedro habia reunido un ejército libertador de siete mil quinientos soldados, seis mil de ellos portugueses, y un buen número de buques. Alentado por las noticias cada vez mas favorables que recibia incesantemente de Lisboa y de las principales ciudades, no dudó de que sus fuerzas bastaban para reanimar á los patriotas y derrotar al usurpador, y lleno de esperanza y de alegría, partió de las Azores el 22 de junio: á los quince dias se halló á la vista de Portugal sin haber encontrado ningun obstáculo grave, y en la velada del 7 de julio ancló en el puerto de Villa do Conde, á veinte kilómetros al norte de Oporto.

Frústranse las esperanzas de D. Pedro.

Tan lisongeras esperanzas quedaron empero frustradas. En lugar del entusiasmo con que contaba á su llegada; en lugar del